

863

F. P. 7297
F. 75
T. 6



Bernardo Chavez Tomochic

FONDO
OMACOT ROOVJAB

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO

0-338



TOMOCHIC

CAPITULO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo. 1628 MONTERREY, MEXICO

Los rayos de un sol deslumbrante y abrasador caían á plomo sobre la destartada plaza, completamente desierta.

Eran las dos de la tarde.

En el extremo de una de las calles que desembocan en aquel paraje, Miguel Mercado, joven subteniente del 9.º batallón, vestido con su uniforme de dril, los zapatos blancos de polvo y flotándole sobre la espalda el paño de sol, contemplaba perplejo, los portales que se extendían á su izquierda.

A su frente había paredones viejos, muy viejos, y á su derecha, la iglesia cuya vetusta y fea torre chapa-

riona recortaba con su tosco perfil el azul oscuro del cielo. Al lado del atrio pequeño y sucio, casas de limpias fachadas.

En el centro de la plaza, una banqueta en cuadro resplandecía entre ocho ó diez arbolillos escuetos que alargaban tristemente sus varejones.

Miguel, rugado el entrecejo de su rostro imberbe, quemado por el sol, contempló con aire de aburrimiento y cólera la desolación de aquella placeta, única que existe en Ciudad Guerrero.

Venía muerto de hambre y buscaba una fonda ó una tienda donde saciar su voracidad canina. Con movimiento rápido y brusco recomenzó la marcha hacia el portal, dando grandes zancadas y haciendo sonar su espada con un tintineo argentino y constante...

En él vió al fin muchos tendajos, cuyos armazones estaban poblados de botellas.

Entró en una tienda de dos puertas atestada de hombres de blusas blancas, pantalones de tela burda y calzando *teguas* de gamuza (1).

Pidió una copa de *tequila* que le sirvieron al lado de un vaso con agua.

—Oiga, amigo, hágame el favor de decirme, por donde hallaré una fonda,—le dijo á uno de aquellos hombres.

El interpelado, un gigantón de melnuda cabeza y

(1) Calzado que usan la gente pobre y campesina de Chihuahua.

barba inculta, le miró un minuto con desdeñosa curiosidad; luego, alzando los hombros y volviéndole la espalda.

—No sé,—contestó brutalmente, y echóse á la boca un gran vaso de *sotol*. (1)

Miguel no pudo contener un movimiento de desagrado al oír la respuesta. Encontraba la misma hostilidad de que habían sido víctimas los oficiales desde su llegada á Chihuahua; las mismas caras hurañas y el mismo gesto de desprecio.

Cansado como venía, de seis jornadas durante las cuales no había comido sino *tortillas* de harina y carne asada. Avido de tomar caldo, frijoles y chilé, ó cosas por el estilo, aquel día que no se había desayunado sino con una *gorda*, sintió Miguel inmensa cólera ante la ruda contestación del *paisano*.

No le quedó más remedio, sin embargo, que tomar su copa de un solo trago, pues también estaba sediento.

En aquel instante, el ruido de unos acicates resonando en el pavimento, al par que el conocido golpeo de un sable, le hizo volver el rostro.

Vió á Gerardo, un tenientillo del Estado Mayor, á quien conocía desde Méjico, un buen chico á quien apreciaba sinceramente.

Parecía el recién llegado un mocoso vestido de militar.

Chaparrón, de rostro sonrosado y ancho, llevando

(1) Aguardiente que se extrae de una planta semejante al magüey.

un kepis enfundado, *dormán* negro, pantalón blanco y botas de montar, arrastraba casi el sable. Reconoció á Miguel y se le acercó gritándole con voz alegre:

—¡Hombre, Mercado, no esperaba que vinieras!

Se abrazaron, dándose grandes manazos sobre las espaldas.

—¿Qué tomas, hermano?

—Ya no quiero tomar nada; dime donde hay que comer.

—Voy para la fonda precisamente; pero primero nos echaremos un *fajo de tequila*... ¡*dos tequilaços*, don Pedro!

Gerardo, entusiasta, y desbordando un torrente de palabras, retuvo al oficial del 9.º quien le escuchaba impaciente.

—¡Ya sabes! Estoy en el Estado Mayor con el general Rangel: verás cómo ahora sí nos lucimos....ya verás, ya verás que *zurra* les damos á esos demonios de *tomoches*..! ¡Son valientes..hombre..no se puede negar! Palabra de honor, yo creí que eran *papas*...pero son, sí, muy valientes....parecén venados, les ves aquí, y de repente ¡zas! en la punta del cerro y....«¡Viva el poder de Dios y mueran los pelones!»...y ran...¡caramba! si ni apuntan....al descubrir, hermano....te recontra-matan. Con decirte que cada cartucho es un muerto; no yerran....¡imagínate cómo estaría yo ese día en que nos *amolaron* al general y á mí!...¡Salud, hermano!

—A la tuya.

Lo peor fué que después de que tomaron las copas, Miguel, algo exitado, las mandó repetir.

Con ellas había experimentado grato consuelo, y en pie delante del mostrador, sucio y húmedo, escuchaba la charla verbosa del teniente, recordando la historia que del teniente Gerardo se refería en los corrillos de oficiales.

El día 2 de Septiembre, cuando intentó atacar el pueblo de Tomochic el general Rangel, después de ser herido el teniente coronel Ramírez y muertos el Mayor Prieto y el teniente Manzano; en el momento de la derrota y confusión; mientras el general buscaba refugio en un *jacal* á él le mataron su caballo; se le acercaron algunos temochitecos; le desarmaron y le dijeron insultándole y dándole de nalgadas:—«Nosotros no peleamos con muchachos.... Usted debe estar con su mamá,» y le dejaron desmayado de susto. Mercado sonreía irónicamente al oficial de Estado Mayor, aunque comprendía que aquello que se contaba de él podría ser una calumnia.

—Es que,—le dijo,—dicen que te dieron de *clan-claços* el día dos de Septiembre.

—¡Mienten!....qué me iban á dar; lo que pasó fué que muerto mi caballo repentinamente de un balazo, caí yo hiriéndome la cabeza y quedando por muerto sobre el campo del combate! ¡Me salvé por milagro!

—Pues es lo que nos contaron en Chihuahua; pero ya ves cuánto se cuenta....en fin, vamos á comer porque ya se me está subiendo este maldito *tequila*.

—Bueno, vamos; nada mas que allí han de estar comiendo también los del 11.º y 5.º regimiento. ¿tú no les conoces, verdad?..ya verás que *chinaca*. Uno que otro oficial hay pasable.

Los dos salieron de la tienda, conversando animadamente, atravesaron la plaza desierta y bañada de sol, bajo un cielo de un azul inmaculado.



DETÚVOSE Mercado en el umbral de la puerta de la fonda al oír un prolongado y confuso clamoreo de voces, gritos y carcajadas, mezclados con un agradable ruido de vagilla removida y de cubiertos chocando con la loza de los platos y el cristal de las copas. Pero no dejó de intimidarse algo, viendo ante larga mesa, instalados á quince ó veinte militares desconocidos, uniformados de dril, de rostros ennegrecidos y sucios, comiendo y bebiendo con algazara estrepitosa.

Era una tienda, lleno el armazón de botellas vacías; el mostrador servía de mesa y estaba cubierto con un mantel atestado de platos y cascós de cerveza. Había allí oficiales del 5.º regimiento, 11.º batallón y de «Seguridad Pública» del Estado de Chihuahua. Pudo com-

prender Mercado al momento que eran jefes, por lo que dijo á Gerardo:

—Oye, tú: aquí hay muchos superiores;—pero aquel lo arrastró, tomándole del brazo; y como la mesa era extensa y había un hueco cerca de un extremo de ella, se sentaron allí, gritando el tenientito chaparrón:

—¡Cuca, dos comidas!

La llegada de los jóvenes pasó inadvertida. Miguel, pensativo, prestó oído á la conversación que se animaba.

Después de pasear su vista por los rostros satisfechos reconoció á Castorena,—subteniente también del 9.º—su mayor enemigo.

Era un joven chaparro, cabezota de ensortijados cabellos azafranados y voz cavernosa, á quien sin motivo odiaba cordialmente.

Todos bebían cerveza que un capitán del 11.º obsequiaba.

Y Castorena, bajo la exaltación alcohólica, improvisaba brindis en verso, que unos cuantos oficiales aplaudían, en tanto que la conversación continuaba entre otros militares menos alegres.

Dos criadas,—altas y blancas, vestidas de percal claro y con *mascadas* rojas en el cuello,—iban y venían muy atareadas, con los platos ó botellas de cerveza.

—Lo que es ahora sí,—decía un teniente de enormes bigotes grises y cara de corsario—ahora va en serio el negocio; todo está muy bien combinado;—somos

muchos; les vamos á hacer *pedacitos*; cuestión, á lo más, de una hora.

—De veinte minutos, compañero,—decía un Mayor;—el coronel Torres que viene de Sonora con cien hombres del 12.º y con sus *pimas*, indios muy buenos para el *pleito* y que conocen muy bien la sierra, nos va á ayudar.

Después se puso á referir el capitán del 9.º que tenía á su frente, las causas de la derrota del día 2 de Septiembre: ningún plan concebido, completo desconocimiento del terreno, y sobre todo, la traición incomprensible de Santa Ana Pérez, quien con más de sesenta hombres de la fuerza del Estado, se pasó cínicamente al enemigo.

—Pero oiga usted, mi Mayor, exclamó Castorena,—¿qué, son tan terribles esos hombres? En todas partes desde Chihuahua, no nos hablan de otra cosa, al grado de decir algunos, que nos les entran las balas.

—Son terribles, compañero, conocen su carabina Winchester, á las mil maravillas, han sostenido desde niños un eterno combate contra los *apaches* y los bandidos; pueden correr vendados por la sierra sin dar un mal paso; pero son excesivamente ignorantes y altaneros; no se ha cuidado de ilustrarlos y quieren independerse de los dos poderes á los cuales hasta hoy han obedecido: el Clero y el Gobierno. Desconocen toda autoridad; ya se ha querido tratar con ellos y piden imposibles. ¡Hay que acabar de una vez con ellos!

En aquel momento, Cuca, una mujer gorda y risueña, de ojos negros y brillantes, llevó á Miguel y á Gerardo, dos platos de humeante y sabroso caldo, el que al momento empezaron á tomar con sorbos estrepitosos. Cuando terminaron con él, esperaron con paciencia los demás platillos, escuchando las palabras del Mayor, que seguía disertando sobre los enemigos á quienes iban á combatir.

A Miguel le gustó mucho la manera razonable como se expresaba aquél; sin embargo, no se daba cuenta aún de la cuestión, no podía penetrar la causa del alzamiento obstinado de un pueblo ignorante, y su espíritu malicioso y desconfiado, entreveía algo tenebroso en todo aquello.

Castorena, con el rostro enrojecido, escurriéndole la cerveza por el chaquetín empolvado, tomó un vaso lleno, y gritó poniéndose en pie:

—Sí, señor, hay que acabar
Con el fanatismo necio,
Vamos á bailar de recio
¡A Tomochic á triunfar!

Aquel brindis chabacano entusiasmó á todos, menos á Mercado, á quien los chistes del guasón de Castorena *no le caían bien*, como éste decía cínicamente.

Después se brindó por los que iban como valientes á defender al Gobierno.

El Mayor brindó respetuosamente por el general Porfirio Díaz.

Miguel seguía escuchando, silencioso, comiendo ávidamente un trozo sanguinolento de carne asada.

Aun no se acostumbraba á aquellas reuniones alegres tan frecuentes entre aquellos soldados, arrojados allí repentinamente por el destino, tal vez en vísperas de una catástrofe.

Hacia sólo dos meses que estaba en el 9.º batallón, al que pasó del Colegio Militar en donde cursaba su tercer año de estudios, á causa de un drama de familia que lo había conmovido hondamente.

Episodio sencillo y cruel, que había truncado para siempre todo un hermoso porvenir.

Helo aquí:

Su madre, casada en segundas nupcias, se había separado bruscamente del esposo que la maltrataba; enferma y sin recursos, iba á entrar al hospital. Miguel lo impidió saliendo voluntariamente al Ejército, ayudándola con su reducido sueldo. Quería continuar sus estudios en el cuartel en las horas *francas*; pero fué imposible.

Sufrió el contagio mal sano de la pereza, que engendra la vida rutinaria y monótona de una guarnición, y no pudo abrir un libro en mucho tiempo. Sintió decaer su espíritu elevado y de altas concepciones, ante la rudeza de la disciplina; sin embargo, era preciso resignarse.

Todo lo que tenía de apto en las especulaciones de la inteligencia, tenía de inútil en las cuestiones triviales de la vida práctica. El que resolvía con la mayor facilidad problemas, cálculo infinitesimal ó debatía sobre derecho de la guerra, no podía mandar sin embargo un pelotón de soldados, por lo que en realidad era un mal oficial. Además, su constitución física era muy delicada.

Extremadamente flaco, pálido y nervioso, á pesar de sus veinte años, con su cara larga de viejo y sus verdes ojos tristes, inspiraba lástima.

Era una planta exótica, con su eterna tristeza, entre la alegre oficialidad del batallón, compuesta de muchachos bulliciosos y *paseadores*; pero en general, cumplidos en el servicio.

En vano intentaba ser chancista y expansivo con ellos, que en el fondo no le apreciaban. No podía congeniar con seres que lo satirizaban cruelmente y cuyas conversaciones banales despreciaba, aun reconociendo su inferioridad como soldado, respecto de ellos.

Así es que, mientras la francachela subía de punto entre las detonaciones de los cascos de cerveza al destaparse, él contemplaba en silencio su plato ya vacío. Le pasaron un vaso, lleno del líquido color de oro, y tuvo que brindar poniéndose en pie, diciendo tímidamente con el vaso en la mano:

—¡Brindo, señores, por el triunfo de las armas del Gobierno; la derrota de los revoltosos y por el orden, que es la paz y el progreso!

Todos chocaron los vasos salpicando el blanco mantel.

En ese instante, entró á la fonda una jovencita alta, delgada y ligera, de enaguas de lana guinda y *tá-palo* á cuadros rojos y negros, cayéndole de sus hombros á guisa de *plaid*. Sus cabellos negros formaban una gruesa trenza.

No pudo Miguel ver su rostro, porque con paso rápido cruzó la estancia y penetró en la cocina.

Una criada retiró el plato vacío del oficial, poniendo en su lugar otro con los frijoles, diciéndole al oído:

—Esa muchacha es de Tomochic, y dicen que es hija de San José.

Quando Mercado iba á preguntar más, dijo un oficial de Estado Mayor que charlaba cerca de la puerta con la fondera Cuca:

— Están tocando *llamada de honor* en el cuartel General: ¡vámonos!

Hubo un gran movimiento de sillas, y todos se levantaron limpiándose la boca con el mantel, después de echar el último trago de cerveza, pagando cada uno, tres reales á Cuca.

Miguel, que fué el último, se acercó á la puerta de la cocina, mientras esperaba la vuelta de un billete de cincuenta centavos (1). Pudo oír una voz de un timbre

(1) En el Estado de Chihuahua, circulan billetes de 25 y 50 centavos, de diversos Bancos.

dulce y de inflexiones cariñosas, y llegaron á sus oídos estas palabras, entre el ruido de los platos y cubiertos.

—Sí, don Bernardo dice que pasado mañana nos iremos á Tomóchtic, ¡María Santísima nos valga!

Y Mercado, *corriendo un punto*,—es decir alargando el *ajuste*,—el cinturón de su espada, fuese llevando la impresión agradable y melancólica de la jovencita de figura airosa y ligera, de la hija de San José, que debía marchar también á Tomochic.



III

HABÍA sucedido que el día 3 de Octubre de 1892, en la tarde, Mercado, terminaba, después de comer, una carta á su madre, en una fonda del barrio de Peralvillo, escribiendo sobre el mantel de pobre mesa.

Aquella á quien tanto quería y por la que abandonaba sus estudios en el Colegio Militar, pasaba una temporada en Tacubaya, en casa de una amiga suya. Su segundo marido, que vivía perpetuamente borracho, estaba entonces entregado al juego, arrastrando una vida de aventurero soez y cínico.

Así es que el subteniente estaba triste y como siempre pálido... y en un prelude de llanto húmedos sus ojos.

Dobló la carta, puso la dirección y después de pegarle un timbre, permaneció—cruzados los brazos sobre la mesa—absorto en vaga meditación. Llegó un